

hace años—dijo Holmes dirigiéndose al administrador. ¿Es abogado, canoso y un poco cojo?

—No, señor. Este Jhonson es comerciante en carbones, caballero inteligente y muy activo. Representa próximamente la misma edad que usted.

—¿Está usted seguro de que es comerciante en carbones?

—Sí, señor. Hace años que se hospeda aquí cuando viene á Londres y le conocemos mucho.

—¡Ah! Entonces soy yo quien se equivoca. También pareceme recordar á esta Oldmore. Dispense usted mi curiosidad, pero sucede con frecuencia que al visitar á un amigo se encuentra uno con otro.

—Es una señora inválida—respondió el administrador. Su esposo es alcalde de Gloucester. También se ha hospedado aquí repetidas veces.

—Gracias. En ese caso tampoco es la que yo pensaba. Con estas preguntas, Watson—añadió cuando subiamós la escalera,—hemos averiguado un hecho de suma importancia. Ahora sabemos que las personas que tanto se interesan por nuestros amigos no se hospedan en el mismo hotel. De ahí deducimos que aunque tienen empeño en vigilar de cerca á sir Henry, también lo tienen en que él no las vea ni las conozca. Esto sugiere algunas ideas.

—¿Cuáles?

—Se comprende fácilmente... ¡Hola, amigo mío! Pero qué le sucede á usted que está tan colorado? Al dar la vuelta de la escalera habíamos tropeza-

V

Sherlock Holmes tenía gran facilidad para distraer la imaginación según se le antojaba. Dos horas pasamos recorriendo las galerías del Museo de Bond Street, durante las cuales pareció haber olvidado completamente el singular asunto que traíamos entre manos, para dedicarse exclusivamente á admirar las obras de los maestros belgas. Desde que entramos en el Museo hasta que llegamos al hotel Northumberland no habló más que de arte, del cual tenía ideas muy especiales.

—Sir Henry Baskerville espera á usted en sus habitaciones del principal—dijo el administrador.—Me encargó que hiciera á usted pasar allá cuando llegase.

—¿Tendría usted inconveniente en que viera yo el libro registro del hotel?—preguntó Holmes.

—Absolutamente ninguno.

En el libro vimos que después de Baskerville habían sido anotados dos viajeros. Uno era Teófilo Jhonson y familia, de Newcastle, y el otro miss Oldmore y doncella, de High Lodge Alton.

—Este Jhonson debe ser el mismo que conocí yo

do con sir Henry Baskerville. Estaba coloradísimo y en una mano tenía una bota vieja, negra y llena de polvo. Su excitación apenas le permitía pronunciar una palabra, y cuando por fin pudo hablar, el acento americano era mucho más marcado que el que le habíamos notado por la mañana.

—Paréceme que estas gentes se quieren reir de mí—exclamó,—pero yo aseguro que sabré arreglarles cuentas. ¡Rayos y trenos! ¡Si mi bota no parece muy pronto se va á armar aquí la gorda! Sé llevar una broma como el primero, Sr. Holmes, pero esto ya pasa de broma.

—¿Todavía anda buscando usted la bota?

—Sí, señor, y juro que he de encontrarla.

—¿Pero no me dijo usted que era una bota nueva de color?

—Así era, en efecto, y ahora es una bota vieja y negra.

—Pero ¿cómo?... ¿No querrá usted decir?...

—Eso precisamente es lo que me pasa. Sólo tengo tres pares: las nuevas de color, las viejas negras y estas de charol que llevo puestas. Anoche me robaron una de las nuevas y hoy me han quitado una de las viejas. ¡Eal! ¿Qué hay? ¿La ha encontrado usted? Hable, hombre, y no se quede ahí mirándome con la boca abierta.

Un mozo alemán, muy agitado y lleno de zozobra, acababa de presentarse.

—No, señor, no he podido hallarla. He preguntado á los criados y ninguno da razón de la bota.

—Pues bien, una de dos: ó me devuelven la bota antes de la noche ó me marchó del hotel inmediatamente.

—La bota parecerá, señor,—dijo el mozo.—Yo le aseguro que si el caballero tiene un poco de paciencia le será devuelta la bota.

—Bueno, pues á ver cómo parece, porque juro que es lo último que he de perder en esta cueva de bandidos. Dispense que le reciba de este modo, señor Holmes,—añadió luego.—Es una tontería, pero, francamente, me ha molestado mucho.

—Creo que bien merece la pena de pensar en ello.

—Se pone usted muy serio.

—¿Cómo explica usted la pérdida, sir Henry?

—Ni siquiera intento explicármela. Me parece la cosa más tonta, más extraña del mundo.

—La más extraña tal vez de cuantas á usted le han sucedido—dijo Holmes marcando las palabras.

—¿Qué opina usted de ello?

—Tampoco me lo explico todavía. Lo que comprendo es que este asunto de usted es sumamente complicado. Relacionando esto con la muerte de su tío, creo que de los doscientos cincuenta casos en que he intervenido durante mi carrera de *detective*, no hay tal vez uno solo que sea tan complicado. No obstante, tenemos en la mano más de un hilo, y es muy probable que uno ú otro nos lleve hacia la verdad. Bien podrá suceder que perdamos el tiempo equivocando la pista que debemos seguir; pero confío en que tarde ó temprano hemos de acertar.

Almorzamos agradablemente, hablando muy poco del asunto que nos llevaba allí. Terminado el almuerzo pasamos al gabinete particular de sir Henry, á quien Holmes preguntó cuáles eran sus propósitos.

—Iré al castillo de Baskerville—contestó decididamente.

—¿Y cuándo piensa usted marchar?

—A últimos de semana.

—Creo que su determinación es la más acertada. Tengo sobradas pruebas de que le vigilan y le persiguen á usted en Londres. Entre los millones de personas que viven en esta capital es muy difícil averiguar quiénes son los que tanto se interesan por usted y cuál es el fin que les guía. Si sus intenciones son perversas, les sería más fácil hacerle á usted daño en Londres que en ninguna otra parte y á nosotros más difícil el evitarlo. Supongo, doctor,—añadió—que no sabrá usted que les siguieron esta mañana al salir de mi casa.

—¿Seguir?—exclamó el doctor.—¿Quién pudo seguirnos?

—Eso, desgraciadamente, no lo sé. Entre los vecinos y conocidos de Dartmoor, ¿hay acaso alguno que tenga barba negra muy poblada?

—No... ¡Pero qué digo! ¡Sí, sí! El mismo Barrymore, criado de sir Charles, tiene la barba poblada y negra.

—¡Ah! ¿Y dónde está Barrymore?

—En el castillo. Es el encargado y administrador.

—Entonces lo que necesitamos es saber fijamente

si, en efecto, está en Londres ó no ha salido del castillo.

—¿Y de qué manera podemos saber eso?

—Por medio de un telegrama. Verá usted. «¿Está todo listo para sir Henry?» Esto basta. Lo dirigiremos á Mr. Barrymore, castillo de Baskerville.

Holmes escribió el despacho en un papel y añadió en seguida:

—¿Cuál es la estación telegráfica más cercana? Grimpen. Bueno. Pondremos otro despacho para el jefe de telégrafos. «Entréguese en sus propias manos el telegrama que va dirigido á Barrymore. Si acaso estuviera ausente devuélvase á sir Henry Baskerville, hotel Northumberland». De esta manera sabremos antes de la noche si Barrymore está en el castillo ó no está.

—Cierto—repuso sir Henry.—Y á propósito, doctor,—añadió—¿quién es este Barrymore?

—Es hijo del antiguo administrador que murió en el castillo. Hace cuatro generaciones que su familia sirve á la de Baskerville. Tanto él como su mujer parecen personas muy decentes.

—De modo—dijo Baskerville—que cuando no hay nadie en el castillo esa gente tiene el sueldo seguro, además de la casa, y nada á qué atender.

—Ciertamente que es así.

—Diga usted, doctor—preguntó Holmes—¿hirió algo ese Barrymore á la muerte de sir Charles?

—El y su mujer heredaron quinientas libras cada uno.

—¿Sabían ellos que sir Charles pensaba dejarles ese dinero?

—Sí. Sir Charles hablaba con frecuencia de su testamento.

—Todo esto me interesa mucho.

—Supongo, Holmes—dijo el doctor—que no mirará usted con prevención á todo el que haya recibido un legado de sir Charles, pues á mí también me dejó mil libras.

—¿De veras? ¿Y á quién más dejó dinero?

—Dejó sumas insignificantes para varias personas y gran número de caridades. El resto de sus bienes pasó íntegro á sir Henry.

—¿A qué cantidad ascendía el capital?

—A 740.000 libras esterlinas.

Holmes no pudo disimular su asombro.

—No suponía yo—dijo—que se tratase de una suma tan elevada.

—Sir Charles tenía fama de ser riquísimo; pero no imaginábamos que lo fuese tanto hasta que fué preciso examinar sus papeles. El valor total de sus bienes ascendía á muy cerca de un millón de libras esterlinas.

—¡Caramba! Bien puede uno arriesgarse para ganar esa partida. Una pregunta más, doctor. Suponiendo que aquí le ocurriera alguna desgracia á nuestro joven amigo (y dispense usted sir Henry la desagradable suposición), ¿quién heredaría su fortuna?

—Como Rodger Baskerville, el hermano menor

de sir Charles, murió soltero, la fortuna pasaría á los de Desmond, primos lejanos de los Baskervilles. James Desmond es persona de edad avanzada, vive en el condado de Westmoreland y es sacerdote.

—Gracias. Todas estas noticias son de suma importancia. ¿Ha visto usted alguna vez á ese James Desmond?

—Sí; estuvo en una ocasión á ver á sir Charles. Es persona de aspecto venerable y hace vida de santo. Recuerdo que se negó á aceptar una pensión que sir Charles quiso asignarle.

—¿De modo que ese sacerdote sería el heredero de la fortuna de sir Charles?

—Heredaría forzosamente la pensión, porque está vinculada. También heredaría la fortuna, si su actual dueño no lo disponía de otro modo; naturalmente, tiene derecho de disponer lo que quiera.

—¿Ha hecho usted testamento, sir Henry?

—Todavía no. Ni he tenido tiempo para hacerlo aunque hubiese querido, porque hasta ayer no estaba bien enterado de las cosas. Pero, en todo caso, opino que la fortuna debe acompañar al título y á la posesión. Esa era la intención de mi tío. No sería posible que el heredero restaurase las glorias de los Baskervilles si no tenía dinero para conservar la propiedad. Casa, tierras y rentas tienen que ir juntas.

—Justo. Pues bien; creo, como usted, que lo más conveniente es que marche á Devonshire, pero con una condición: que de ninguna manera vaya solo.

—El doctor regresará conmigo.

—Pero el doctor tiene que atender á su clientela, y su casa dista muchas leguas de la de usted. A pesar de su buena voluntad, fácilmente pudiera suceder que no se encontrara al lado de usted en el momento crítico. No, no, sir Henry; usted necesita una persona de confianza que permanezca constantemente á su lado.

—¿Le sería posible venir usted mismo, Holmes?

—Si las circunstancias lo exigieran, yo procuraría estar allí á todo trance; pero si he de atender á mi numerosa clientela y á las consultas y llamamientos que recibo de todas partes de Europa, no puedo ausentarme de Londres en una temporada. En este momento, una infame traición amenaza arruinar á una de las más respetables familias inglesas, y yo soy el único que puede evitar el desastre. Así que me es imposible ir á Dartmoor.

—Entonces, ¿á quién puede usted recomendarme?

Holmes puso la mano sobre mi brazo.

—Si mi amigo Watson quisiera encargarse de ese servicio, nadie en el mundo más á propósito para ello. Yo mejor que ninguno puedo asegurar que lo haría admirablemente.

La proposición me sorprendió muchísimo; pero antes de que pudiera responder, se acercó Baskerville y estrechó fuertemente mi mano.

—¡Cuánto me alegraría, doctor!—exclamó.—Usted sabe de qué se trata y está bien enterado del asunto como yo mismo. Jamás sabré cómo agrade-

cérselo si consiente en acompañarme al castillo.

Siempre me sedujo la idea de una aventura, y al mismo tiempo me sentía orgulloso de que Sherlock Holmes me hubiese elegido para ayudarle en aquella empresa, como también me sirvió de satisfacción el placer con que sir Henry me acogía por compañero.

—Tendré sumo gusto en acompañarle, sir Henry—dije.

—Me tendrá usted al corriente de cuanto ocurra—agregó Holmes.—Cuando llegue el momento de obrar, que seguramente llegará, yo dirigiré los trabajos. ¿Podrán ustedes salir el sábado para Devonshire.

—Si al doctor le conviene el sábado...

—Perfectamente.

—Pues entonces, si no les envió algún aviso, nos veremos en Paddington Station para tomar el tren de las 10,50.

En el momento en que nos levantábamos para despedirnos, Baskerville lanzó una exclamación de sorpresa, y dirigiéndose á un rincón de la habitación, sacó de debajo de un armario una bota amarilla.

—¡La bota que me faltaba!—dijo con asombro.

—¡Que todos los males vengan por ahí!—repuso Holmes.

—Pero es muy particular—observó el doctor. Antes de almorzar registré toda la habitación y no pude encontrar la bota.

—Lo mismo hice yo—añadió sir Henry.—Regis-

tré hasta el último rincón, y estoy segurísimo de que la bota no estaba allí entonces.

—La habrá puesto el mozo mientras almorzábamos.

Se llamó al alemán, pero fingió no saber nada absolutamente y resultaron inútiles cuantas preguntas le hicimos.

A la misteriosa serie de incidentes que con tan asombrosa rapidez habían ocurrido, hubo que añadir otro.

Aparte de la lúgubre historia de la muerte de sir Charles, se nos presentaba ahora algunas cosas inexplicables sucedidas en el transcurso de dos días: el recibo de la carta de letras de impreso, el espía de la barba negra que ocupaba el coche, la pérdida de la bota negra y la devolución de la amarilla.

Tomamos un carruaje para regresar á Baker Street, y en todo el trayecto no desplegó Holmes los labios; lo mismo que yo, estaba muy preocupado, pensando en los extraños incidentes que, aislados, no parecían tener relación ninguna entre sí, pero que combinados parecían tender á un mismo objeto.

Toda la tarde estuvo Holmes muy meditabundo, hasta que poco antes de comer llegaron dos telegramas. El primero decía así:

«Acabo de saber que Barrymore se encuentra en el castillo.—Baskerville.»

El segundo:

«Visitados los 23 hoteles que me encargó. Imposible encontrar la hoja cortada del *Times*.—Cartwright.»

—Allá van dos de mis hilos, Watson. No hay nada que más me anime que un caso en el que todo sale al revés. Ahora tendremos que buscar una nueva pista.

—Todavía nos queda el cochero que condujo al de la barba negra—dije.

—Es verdad. He teleografiado al Registro oficial pidiendo su nombre y sus señas, y no me extrañaría que fuese ésta la contestación á mi pregunta...

La llamada á la puerta que en aquel momento se dejó oír resultó ser algo más satisfactorio todavía que la esperada contestación. Abrióse la puerta del despacho y entró un hombre de rudo aspecto, grueso y alto, que nos pareció el mismo cochero.

—Acabo de recibir aviso de la oficina central—dijo—comunicándome que un caballero de esta casa preguntaba por el número 2.704. Siete años hace que soy cochero y hasta hoy nadie me ha dado la menor queja. Así, que vengo á saber qué es lo que desea usted de mí.

—Yo no tengo ninguna queja de usted, buen hombre—respondió Holmes;—muy al contrario, tengo á su disposición media guinea, y sólo quiero que conteste usted á lo que voy á preguntarle.

—Vamos—añadió sonriendo el cochero—hoy por lo visto me acompaña la buena suerte. Pregunte usted y contestaré todo cuanto sepa.

—En primer lugar, necesito su nombre y sus señas por si me hiciera usted falta otra vez.

—Me llamo Juan Clayton; 3, Tirpey Street. Mi coche es de Shepley Yard, cerca de la estación de Waterlloo.

Holmes tomó nota de esto.

—Bien; pues ahora dígame todo lo que sepa acerca del individuo á quien trajo usted esta mañana á las diez á observar esta casa y después le mandó á usted seguir á dos caballeros que marcharon por Regent Street.

El hombre titubeó un poco y luego contestó:

—Poco puedo decirle, ya que parece sabe usted tanto como yo mismo. Me dijo que era *detective* y que no dijera nada de él.

—Amigo mio, se trata de un asunto gravísimo, y pudiera costarle á usted muy caro si ocultara algo de lo que sepa. ¿Dice usted que el caballero era *detective*?

—Sí, señor; eso me dijo.

—¿Cuándo?

—Cuando se apeó del coche.

—¿Le dijo á usted algo más?

—Sí, señor; me dijo su nombre.

Holmes me dirigió una mirada de triunfo.

—¡Ah, ah!—exclamó.—En eso no fué muy prudente. ¿Y cómo se llama?

—Su nombre—contestó el cochero—es Sherlock Holmes.

Jamás ví á mi amigo tan asombrado como quedó al oír la respuesta del cochero. Al principio no acertaba á hablar. Después lanzó una carcajada.

—Toque, Wastson—exclamó riéndose;—un toque bien dado. Me figuro estar viendo un arma tan ligera y flexible como la mía. Esta vez fué muy acertada la dirección. ¿Con que se llama Sherlock Holmes?

—Sí, señor.

—¡Magnífico! Y ahora dígame cuando alquiló el coche de usted y todo cuanto pasó.

—Me llamó en Trafalgar Square, á las nueve y media de la mañana. Dijo que era *detective*, que probablemente necesitaría de mí todo el día y que si prometía hacer cuanto él me mandara sin dirigirle pregunta ninguna me daría dos guineas. Yo acepté gustoso. Primeramente fuimos al hotel Northumberland, donde esperamos hasta que salieran dos caballeros, los cuales alquilaron un coche. Cumpliendo sus órdenes, seguimos á aquellos dos caballeros hasta que se detuvieron cerca de aquí.

—¿En esta misma puerta?

—No me fijé en el número de la casa, pero sé que era hacia la mitad de la calle. Esperamos hora y media próximamente, y cuando volvieron á presentarse los caballeros les seguimos por Regent Street, saliendo luego á...

—Ya, ya—interrumpió Holmes,—ya sé á dónde salieron ustedes.

—Habríamos recorrido algo más de la mitad de Regent Street cuando el *detective*, abriendo la ventanilla delantera, me gritó que saliese á escape para la estación de Waterlloo. Fustigué al caballo, y en

menos de diez minutos habíamos llegado. Se apeo del coche, me entregó las dos guineas prometidas y entró en la estación. Al bajar, me dijo:—Tal vez le interese á usted saber que ha estado sirviendo al bien conocido *detective* Sherlock Holmes.—Así supe quién era.

—¿Y no ha vuelto usted á verle?

—No, señor. Entró, como digo, en la estación, y yo me retiré de allí.

—¿Puede usted darme las señas de ese tal Sherlock Holmes?

—No las recuerdo bien—dijo el cochero rascándose la cabeza.—Representaba unos cuarenta años, era delgado y de mediana estatura. Tenía el color muy pálido y la barba negra y poblada. Vestía un elegante traje negro.

—¿El color de sus ojos?

—No me fijé.

—¿Y de nada más se acuerda usted?

—De nada más, señor.

—Bien; aquí tiene usted la media guinea, y si puede traerme más informes le daré otra. Buenas noches.

—Muy buenas, y gracias.

El cochero se fué frotándose las manos de contento, y Holmes se volvió hacia mí diciendo con cierta sonrisa:

—Se rompió el tercer hilo y quedamos como antes. Es un pillo de primer orden. Indudablemente sabe dónde vivo yo; vió venir á sir Henry; se figu-

ró quién era yo cuando me vió mirarle en Regent Street; supuso que me fijaría en el número del coche y que interrogaría al cochero, y para burlarse se atrevió á mandarme este recado. Le digo á usted, Watson, que esta vez tropezamos con un enemigo tan astuto como nosotros. A mí me ha fastidiado aquí en Londres. Espero que tendrá usted mejor suerte en Devonshire, aunque no estoy muy satisfecho.

—¿De qué?

—De que vaya usted. Es un asunto grave, muy grave y muy peligroso. Cuanto más lo examino menos me gusta. Sí, sí, amigo mío, riase usted, pero yo le aseguro que estaré muy contento cuando le vea á usted de vuelta, en Baker Street, sano y salvo.